

PRIMERA PARTE DE  
 Señora, que fue captiua,  
 un Escudero de la casa,  
 veros, el qual la  
 ra en este  
 \*\*



LOS SUCESSOS DE UNA  
 por haverse enamorado de  
 llamado Don Geronymo Ol-  
 sado, como se ve-  
 Romance.

**R**asgue mi pluma veloz  
 de aquesta region los vientos,  
 duplicando con sus ayes,  
 divulgando con sus ecos,  
 para hacer notorio á el mundo  
 el mas tragico successo,  
 que en las alas de la fama  
 van publicando los tiempos.  
 Y para que mi discurso  
 desta vez salga ligero,  
 pido que me dê su auxilio.  
**MARIA**, Reina del Cielo,  
 Diciendo, que en Barcelona,  
 rico, y estimado Puerto,  
 nació da mui nobles padres  
 una Dama, á quien los Cielos,  
 con su preciosos buriles  
 dibuxaron por extremo:  
 llamada Doña Maria,  
 los apellidos no puedo  
 declarar, porque lo impiden  
 muchos nobles Caballeros.  
 Digo, pues, que esta señora,  
 con las ansias de Hymeneo,  
 herida del Dios vendado,  
 se pagò de un Escudero  
 de su padre, a el qual le llaman  
**Don Geronymo Oliveros**,  
 galan, discreto, y bizarro.  
 Con que aquesta niña viendo  
 la peca forma que havia  
 de entrar en los lazos tiernos,  
 y coyundas del amor,  
 Para lograr sus deseos,  
 dispusieron ausentarse  
 una noche, que en su peso  
 ocultaba con sus sombras  
 las luces claras de Phebo.  
 Tomò esta niña las llaves,  
 amparada del silencio,  
 se llegó á el mismo escitorio

de su padre, donde ha puesto  
 hasta quatro mil doblones,  
 con su ropa, y salió presto  
 a donde aguarda su amante;  
 pero como nunca fueron  
 el amor, sin la deidicha,  
 assi vino a ser aquesto,  
 porque a el abrir una puertaz;  
 el padre, que esta delpierto,  
 se levantò presuroso  
 dando voces, y diciendo:  
 Hijos de mi corazon,  
 mirad por el honor vuestro.  
 Los hijos, que a questo oyen,  
 toman armas, y ligeros  
 baxan por el escalera;  
 pero les salió á el encuentro  
 Don Geronymo, que prompto  
 desnudò su fuerte acero.  
 A el ruido de las voces  
 los vecinos acudieron,  
 se llenò toda la casa,  
 y Don Geronymo viendo  
 tan cercano su peligro,  
 procurò el irse saliendole  
 a la calle, y con sigilo  
 fue a su casa, y de secreto  
 estuvo algunos dos meses.  
 Pero en este estado dexò  
 a Don Geronymo, y volvió  
 a la señora, que tuvo  
 que viò el pl. ito mal parado,  
 se encerrò en un aposento,  
 sin querer abrir a nadie,  
 hasta que echaron al suelo  
 las puertas, y la sacaron,  
 dandole muchos consejos  
 la meten en las Descalzas.  
 Ya Don Geronymo vuelvo;  
 que con cuidado, y sigilo  
 procura ir adquiriendo

aquel hermoso compendio,  
hasta que alcansó a saber,  
que asistia en el Convento  
de las Monjitas Detcalzas;  
tomó papel, y tintero,  
y notandole, decia:  
Dulce, y regalado espejo,  
imán de mi corazon,  
dueño de todo mi anhelo,  
yo Don Geronimo soi,  
el que se obliga a quereros,  
a costa de los corales,  
que mis venas tienen dentro;  
y si tu gustas, quisiera  
el sacarte deste Pueblo,  
que para la execucion,  
en un Navio ligero,  
de un intimo amigo mio,  
el viage dil pondremos.  
Responde, dueño querido,  
mira que te estimo, y cierto  
solo la respuesta aguardo:  
Don Geronimo Oliveros.  
Tomó la niña el papel,  
de una tercera por medio,  
y viendo las circunstancias,  
respondió: Querido dueño,  
puesto que tu te dispones  
con animo tan resuelto  
a llevarme, yo estoi prompta,  
a donde quieras irèmos,  
que soi la que te idolatra  
con el corazon, y espero  
en las tapias de la huerta  
a las doce, que el silencio  
de la noche, nos dará  
a todo lugar, y tiempo.  
Con esto entregò el villete,  
suplicandole el secreto;  
y así que vió su amante  
el papel de aquel lucero,  
las lagrimas se le salen  
por los ojos de contento.  
Mas por abreviar razones,  
el viage disponiendo,  
y a la siguiente mañana,

furcaban las verdes ondas  
de aquel pielago soberbio,  
si muy contento el amante,  
la señora nada menos.  
Pero al cabo de ocho dias,  
que fueron con feliz viento,  
una apacible mañana,  
a salir el rubio Phebo,  
divisaron tres Fragatas  
de Argelinos tan soberbios;  
que cercaron el baxèl.  
Aqui fueron los lamentos  
de aquesta triste señora,  
porque con sollozos tiernos,  
abrazandose a su amante,  
le decia: A Dios, espejo,  
que ya nuestra adversa suerte  
nos abate por el suelo.  
Diciendo aquestas razones,  
luego en aqueste intermedio  
una Galeota llega,  
y echòle la gente dentro.  
Se salió fuera el amante,  
a su querida diciendo:  
Vistete en trage de hombre,  
y serà el mejor acierto,  
por si nos llevan captivas,  
que vivas con mas secreto.  
Pero apenas salió a fuera,  
se entremetiò entre el estruendo,  
de la algazara y la guerra,  
que hacian los Marineros;  
mas fue tan mala su suerte,  
que cayó de los primeros.  
Quando salió la señora  
ya en trage de Marinero,  
mirando à un lado, y a otro;  
vió a su consorte muerto,  
formando un tieño suspiro  
cayo redonda en el suelo,  
y despues que volvió en si  
se vió cargada de hierros.  
Donde a esta primera parte  
darè fin, que les prometo,  
si me prestan atencion,  
dàr en otra el cumplimiento.

R. 22. 394  
F I

N.

✠

SEGUNDA PARTE DE LOS SUCESSOS DE ESTA SEÑORA, Y EL  
dichoso fin que tuvo, muriendo por la Fè Catholica.

SUpuesto, auditorio insigne  
que prometí el cumplimiento  
en esta segunda parte,  
con mal repetidos versos,  
digo, que aquesta señora,  
apenas en Argel dieron  
con los captivos Christianos,  
en la plaza los pusieron,  
menos à Doña Maria,  
que de dolor, à los Cielos  
està pidiendo venganza  
de la muerte de su dueño,  
y le dice al Capitan:  
Sabad, señor, que yo quiero  
andar en tu compañía;  
que por mi vida prometo  
el seguirte, aunque supiera  
perder el vital aliento;  
y para que mas bien creas,  
que es verdad quanto refiero,  
desde aqueste mismo instante  
de la Ley de Dios reniego,  
porque solo he de seguir  
de Mahomá los preceptos;  
y si nos vemos à solas,  
te descubrirè un secreto,  
dandote una industria, hija  
de un fundado vituperio,  
recibido de mis padres,  
causa porque yo padezco.  
Oyendo aquestas razones  
el Capitan, dixo: Cierto,  
que es noble, y de buen discurso  
el bueno del Marinero,  
y he de llevarlo à mi casa,  
pues como hijo pretendo  
tenerlo, porque su agrado  
me obliga à amor, y respeto.  
Doña Maria responde:  
Solo servirte deseo,  
Gran señor; y porque sepas,  
que te estimo, escucha atento:  
En la insigne Barcelona,  
de España un lucido Puerto,  
havrà diez, ò doce dias,  
que se ausentó de esse Pueblo

una principal señora,  
con un noble Caballero,  
hija es de un Potentado,  
hombre de grande respectos;  
y no se sabe si fue  
por tierra, ò por mar aquestos;  
que la nao que has cogido  
la trahia un Caballero,  
que la salid presuroso  
a buscar por muchos Reinos;  
con que assi, si te parece,  
entre todos dispondremos  
una carta que enviarle  
à este noble Caballero;  
pues previniendo tu gente,  
un Lenguaràs llevaremos,  
que por donde yo dixere,  
una legua, poco menos,  
irèmos de la Ciudad,  
amparados del silencio:  
llegarèmos una noche  
a una estancia, donde havemos  
de ocultarnos, y de allí  
el recado mandarèmos  
a el padre desta señora,  
y busca para este efecto  
un hombre de confianza,  
que tu veràs como hacemos  
un hecho tan admirable,  
que le celebren los tiempos.  
Oyendo aquestas razones,  
le echò los brazos al cuello;  
diciendo: Amigo, y señor,  
la libertad te prometo,  
y si tu gustas casarte  
con una hija que tengo,  
como esta industria se logre,  
seràs de mi casa dueño.  
Salieron el mismo dia,  
dandole velas al viento.  
A el cabo de cinco dias  
este desembarco hicieron  
una noche tan obscura,  
que dà pavor a los vientos,  
y en una Quinta del padre  
se ocultaron, y escribiendo

esta



esta señora decia:  
Padre, y Señor, y no puedo  
sufrir trabajos tan grandes;  
pues por el mal pensamiento  
de un falso dueño, engañada  
en esta Quinta me veo,  
fatigada de congoxas,  
con un dolor tan violento,  
que el corazón me traspasa,  
pues he perdido el pretexto,  
que tenia de ser Monja,  
por este tyrano acerbo,  
que cobró de me dexó;  
con que así, padre, te ruego,  
que no mireis mis agravios,  
pues de Dios tendreis el premio:  
mirad, que soi vuestra hija,  
y culpada me confieso;  
que si merezco de Dios  
ser Esposa, yo prometo,  
dando à mi cuerpo cilicios,  
restaurar el vituperio.  
Con esto cerrò el papel,  
su fecha, y nombre poniendo;  
el qual por un Renegado  
fue llevado a el pobre viejo,  
que de contento lloraba,  
ya de su hija sabiendo.  
En aquella misma hora  
fue tal acompañamiento,  
que se juntò de Señoras,  
y de nobles Caballeros,  
que eran mas de cien personas;  
pues guiados del pervertido  
Renegado, van à dar  
donde estan los compañeros.  
Seis Caballeros mataron,  
y los demás fueron presos:  
pulsò a el padre a una mazmorra,  
diciendole: Infame viejo,  
aquí verás como pagas  
de mi amor los vituperios:  
Como de Dios no reniegues,  
has de ser tu el escarmiento  
de los padres que le quitan  
à las hijas sus pretextos.  
Y a ti, señor Capitan,  
que yo soi muger confieso,  
ponme el nombre que quisieres,  
y has de mo absoluto dueño.

Mas viendola el Capitan  
tan hermosa, fue contento  
de tenerla por compañía,  
y en sus barbaros fieros  
el espacio de dos meses  
passarian, poco menos.  
Y una mañana, que à solas  
las prisiones iba abriendo,  
fue a visitar à su padre,  
llevada de aquel intento,  
que tenia de hacer burla;  
pero el viejo no pudiendo  
sufrir tan grandes pesares,  
alzò la mano, y le ha hecho  
saltar por los ojos sangre  
de un rebès, y ella corriendo  
saliò à fuera dando voces.  
Su esposo talidò a el encuentro,  
diciendo: Quien te agraviò?  
Viven los divinos Cielos,  
que mañana en aquel dia  
desnonrado ha de ter muerto.  
Ella entonces le responde:  
Quien me agravia es este viejo.  
El More lleno de furia,  
lo encerrò en un aposento,  
y con licencia del Rey,  
luego al dia venidero  
lo sacaren por las calles,  
y Doña Maria viendo,  
que à su padre lo quemaban,  
tantos fueron los lamentos,  
las lagrymas, los suspiros,  
que de dolor ya no puedo  
declararlos, pues decia:  
Ay padre amado, y que siento  
el haver sido la causa,  
por mi mal entendimiento,  
perdiendole el miedo a Dios!  
Pero si ya no hai remedio,  
que has de morir a mi vista  
contigo morir pretendo.  
Y diciendo estas razones,  
ella misma se echò al fuego;  
predicando de la Iglesia  
los Divinos Ministerios,  
y ensalzando sus potencias,  
à Dios el alma le dieron.  
Y Juan de Ribera humilde  
pide perdón de sus yerros.